



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9041

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61. y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

MIERCOLES 16 DE DICIEMBRE DE 1891.

DESDE PARÍS.

El fallecimiento de Mr. Alphand, el francés que después del barón Haussmann ha hecho más por París, ha impresionado tristemente á todo el mundo.

Mr. Alphand era popularísimo y gozaba de generales simpatías: ha hecho él solo por la felicidad de los parisienses más que todos los gobiernos juntos, y sucedíanse los ministerios sin que nadie se atreviera á tocarle, creciendo cada vez más su prestigio y su influencia.

Él dirigió las obras de jardinería del Campo de Marte durante la última Exposición y organizó todas las fiestas ideadas aquí desde hace 20 años para divertir á este pueblo que casi es tan bullanguero como el nuestro.

Conocía París palmo á palmo y cuidaba del desarrollo y de la prosperidad de la villa con celo y cariño verdaderamente paternales.

Tal vez no ha existido más que una sola persona que conociera la capital mejor que Alphand, el simpático y muy llorado crítico del Figaro, Augusto Vitu.

Sabíasele éste de memoria, de cabo á rabo, habiéndolo escudriñado pacientemente, estudiándolo con perseverante afán, y leído cuanto sobre París ha escrito en Francia y fuera de ella.

Buena prueba de esto es la biblioteca del malogrado escritor puesta ahora en venta, llena de manuscritos preciosos de Dumas y Tayllerand y otros grandes escritores y en la cual existen las colecciones más completas de las obras de Voltaire (á quien Vitu habla analizado profundamente) y de todos los tratados, historias, guías y estudios sobre París, publicados, que Vitu examinó concienzudamente antes de escribir, su obra monumental, «París», traducida ahí, si no recuerdo mal, por la ilustre escritora Emilia Pardo Bazán.

Y apropósito de esta señora creo prudente rectificar, ahora que hablo de ella, una noticia que leí en algunos colegas madrileños, inmediatamente después del viaje de Mr. Zola á San Sebastián.

Atribuyeron algunos corresponsales á este ilustre escritor, palabras algo distintas de las pronunciadas por Mr. Zola, que no dije que le fueran desconocidas todas las obras de la Sra. Pardo.

Me consta que la admira mucho, que la profesa respetuosa simpatía y que habla con encomio de algunos de los libros de nuestra distinguida compatriota.

No seamos tan modestos: podrán no ser conocidos en Francia nuestros escritores de segunda fila, pero Galdós y Pereda, Valera, la Pardo Bazán y tres ó cuatro más de nuestros mortales, si se leen por aquí y se leen mucho, aunque no se leen lo que debieran, porque los franceses tienen formado generalmente de España, un concepto depresivo para nuestro orgullo na-

cional y que contribuyen á arraigar las humoradas de Blasco que fantasea de vez en cuando en el «Figaro» hablando de nuestras costumbres, que suele retratar con notorias é injustas inexactitudes; la candidez de los españoles que visitan París, y no vacilan en hacer exageradas alabanzas de esta capital, hablando despreciativamente de las propias; y los disparates de que están llenos los libros de viaje y los libretos de ópera.

De tal error tiene la culpa nuestro «bendito carácter nacional» que hace á veces tonterías dignas de «ejemplar castigo». Viene un extranjero á París y el francés que le sirve de cicerone encomiale continuamente lo mucho bueno, digno de verse que tiene la ciudad, y muéstrale lo que realmente le hace honor.

A Madrid llegó una comisión de escritores franceses no hace mucho tiempo y todo lo que se les ocurrió á nuestros compañeros fue organizar una fiesta flamenca en el teatro de la Alhambra, con mucho *jipío* y mucho *cante jondo*.

—Qué tal, qué tal España? le preguntaban al regreso á Julio Simión.

Y éste respondía benévolutamente, recordando lo que le habían enseñado:

—¡Oh, España, país de los ojos negros!

Tales detalles que á simple vista no tienen importancia, influyen poderosamente en nuestras relaciones con Francia.

Estoy seguro de que el Senado no se habría atrevido á aprobar las tarifas vinícolas que tan profunda sensación han causado en España, si aquí se nos hubiera tenido por un país trabajador, disciplinado y serio.

Pero ¿quién hace caso de España, del país de los ojos negros?

La indiferencia que inspiramos revelase elocuentemente en esta prensa. Abrese cualquier periódico y aparece leno de cartas y telegramas de Rusia, de Alemania, de Italia, de Suiza, de Austria... De Madrid poco ó nada: cinco renglones sin comentarios y en paz.

Varios diarios han publicado lacónicos telegramas dando cuenta de las excitaciones de la prensa catalana—que es la que da en el clavo—para que las damas dejen de comprar géneros franceses; de los propósitos del Gobierno, de elevar los derechos arancelarios para impedir la importación de aquéllos; y la noticia ha pasado inadvertida para la generalidad que se encoge de hombros, teniéndonos lástima; riéndose de nuestras amenazas y de nuestra impotencia.

Los franceses han estado adquiriendo nuestros vinos para devolvernoslos después del «coupage», con el precio centuplicado y las cualidades adulteradas: nos han comprado la arroba á cuatro pesetas para venderlos después á cinco la botella.

Nuestra ignorancia es tan invencible que no permite el estudio del sistema

Por lo pronto, es urgente y convenientísima la adopción de represalias. Cierran las puertas del mercado francés á nuestros vinos? Pues cerremos las del nuestro á los mil productos de la industria francesa, y no seamos tan bondadosos que sonriamos á quien nos da con la badila en los nudillos.

**

Las exequias del difunto emperador del Brasil, D. Pedro de Braganza, celebradas hoy, han sido un acontecimiento.

Anoche á las nueve fue transportado el cadáver desde el hotel Bedford, donde ha muerto, á la iglesia de la Madeleine: esta mañana á las once ha sido colocado sobre el monumental catafalco ornado de paños con los colores del Brasil, elevado en medio de la amplia nave de la basilica.

A las once comenzaron á llegar los invitados: cuerpo diplomático, representantes de cortes extranjeras, personajes políticos, etc. Alas once y media era difícil el abrirse paso hasta la puerta de la iglesia. La rue Royal estaba cerrada á la circulación para dejar el paso libre á los carruajes de las personas que vienen á la ceremonia. El cura de la Madeleine l'abbé Sesebours, comienza el oficio á las doce en punto. En el coro de la iglesia véase á la reina Isabel y la Infanta Eulalia, infant: D. Antonio y D. Francisco de Asis. A la derecha la familia del emperador, los condes de Eu, duques de Chartres, príncipe Joinville, etc.

Poco después de ponerse el cortejo en marcha ha cesado la lluvia y todas las ventanas están llenas de cabezas de curiosos: por entre las ramas medio desnudas de los árboles asoman también algunos semblantes de muchachos: el carro fúnebre es magnífico y está tirado por ocho caballos; es el mismo que condujo los restos mortales de Thiers y no había vuelto á emplearse desde entonces.

A la entrada de la rue Royal he intentado contar las coronas amontonadas en los carros que siguen al mortuorio, y pasan de doscientas.

Las cintas son llevadas por personas importantes de la colonia Brasileña. El convoy sigue su marcha por la plaza y puente de la Concordia, boulevard Saint Germain, parque Saint-Bernard y plaza Waihubert, á la estación de Orleans, donde espera un tren especial, con un Wagon convertido en capilla ardiente que trasportará el cadáver á Madrid y Lisboa.

Antes de ir esta mañana á la Madeleine subia al estudio de Mademoiselle Luise Abbema, que es una pintora muy distinguida, á la cual ha cabido el triste honor de ser la autora del último retrato del Emperador.

—Dijo «Le Figaro» que el retrato habíase quedado sin terminar por el fatal desenlace de la enfermedad de D. Pedro y Abbema me ha mostrado su obra, falta únicamente de ligerísimos detalles. —Conoció esta artista, al ilustre destrerrado durante su última ex-

cursión á París, antes de la revolución que le arrojó de su trono y de su nación, en una fiesta dada en su honor en la Legación del Brasil; la presentó Guillaume el escultor, que acababa de terminar el busto del Emperador. Mostró deseos Abbema de retratar á éste y el complaciente Monarca no se hizo esperar mucho, á los pocos días subió los cinco pisos del estudio y se dió comienzo inmediatamente al retrato. Tuvo que interrumpirse por la ausencia de D. Pedro y á la llegada de éste, ya destronado y enfermo á París, reanudóse aquel, pero teniendo necesidad Mlle. Abbema de trasladarse al Hotel Bedford, porque el bondadoso modelo no podía ya con los cinco pisos del «atelier.»

11 Diciembre 91.

Antonio de la Vega.

VARIEDADES

LA VIRGEN DE LA PERFEIDIA

Piquemos espuelas si á V. le parece, mi teniente, que la nube aquella que se nos viene encima no tarda un cuarto de hora en caer.

—¿Qué distancia hay de aquí al pueblo, sargento Martín?

—Dos leguas muy largas á través de la sierra y en ella no tenemos otro amparo contra la tormenta que se prepara que las casas del Rinconete.

—¿Podremos dar pienso en ellas?

—Si señor; si V. quiere que hagamos parada podremos alojarnos en casa del tío Matías, y cuando la tormenta cese, proseguimos para llegar al pueblo al trasponer el sol.

—No me parece mal; trotemos largo y al Rinconete: ¿hacia donde cae?

—A la vuelta de aquel cerro, en un vallecito que hay á la izquierda.

Crecía la nube, oscurecíase el cielo rápidamente, y empezábase á oír algunas gotas de agua cayendo lentamente que daban á conocer que en efecto los presagios del sargento no tardarían en cumplirse. El camino que en nuestra breve marcha debíamos hacer, después de una suave pendiente, presentaba una llanura que rápidamente ganamos al llegar al valle á la casa del tío Matías, que al vernos todo solcito nos salió al encuentro tomando de la brida nuestros caballos, después que le digimos debíamos hacer un descanso en su morada.

Compónese el Rinconete de varias casas de labor y su distrito que alcanza un buen contorno, constituye un caserío cuya autoridad es la de un alcalde pedáneo.

Había regresado el tío Matías de acomodar nuestras cabalgaduras en la cuadra, y sentándose entre el sargento y yo que mirábamos como la tormenta avanzaba, nos indicó con el dedo la casa de enfrente á la que se suponía de satisfacción con él.

—Mientras tengamos aquí nuestro amparo, en el Rinconete, no temamos á las tormentas. —Dijo el sargento, repuso el tío Matías: «Vea, su amparo»

—Antes que se lo diga á Vds. vengan conmigo un instante y lo sabrán.

Y salió de la casa seguido por nosotros que al atravesar y en el edificio que poco antes nos señaló con el dedo entramos, descubriendo con el dedo nuestro aspecto se alojaba la ermita erigida á espensas del marqués de... á la virgen del Rosario que los habitantes del lugar llamaban, la virgen de la Perfidia, por causas que luego se sabrán.

Ocupaba la ermita un pequeño recinto cuadrado en cuyo frente había un altar ornado por antiquísimo cuadro representando la cena de los apóstoles; en pequeños nichos á sus costados dos imágenes de San Cayetano y San Antonio de Padua se veían y por último en un nicho cerrado por marco de cristales que guardaba una pequeña imagen de la virgen del Rosario.

—Fíjese V. en la Virgen, señor Teniente ¿qué encuentra V. en ella de particular?

A esta demostración atento reparé y vi con extrañeza que la imagen tenía la frente negra y el resto de su rostro blanco; notó mi extrañeza nuestro guía y me dijo:

—Esta virgen, buen amigo, es la más milagrosa de cuantas hay en estos contornos y á causa de un milagro tiene la frente casi negra, siempre la suya blanca hasta un día en que se le puso del color que hoy la tiene y desde entonces por tal causa le llamamos la virgen de la Perfidia.

—¿Y ese milagro nos lo puede V. contar, tío Matías? dijo el sargento.

—Si señor, vengan Vds. á comer y mientras con gran complacencia mía les referiré el milagro que encierra toda una historia.

II

Sobre blanco mantel que cubría la mesa, hacía un instante habían sido colocadas las viandas que debían componer mi comida regalada con la siguiente historia que el tío Matías nos refirió y de cuya veracidad, según sus palabras, siempre estaba dispuesto á responder.

«Había en esta comarca, en las casas del Rinconete, una ragazza que por lo hermosa y lo garbada no había mozo en el caserío y en muchas leguas á la redonda que no le hubiera requerido de amor, siendo desdenados cada uno por la gentil doncella: sólo uno había permanecido mudo, no indiferente, ante la gentileza de Juliana, que así se llamaba aquella, temeroso y encogido por considerarse entre las demás de su edad con pocas posibilidades para ofrecer un partido á la moza, pues de hacerlo pretendía llevar las cosas adelante y no arriesgarse en inútiles devaneos á Juliana, que por lo mismo tal vez en el caso fuese de las atenciones, atraída á la vez por las condiciones de carácter, laboriosidad y honradez de Diego que era el mozo que sostenía á su madre con el fruto de su trabajo y á toda costa que vivía pendiente de los deseos de la amada, tratando siempre de adivinar sus pensamientos por darse al caso de comenarla.

Un día, la muerte sirvió en razón á Diego arrebatándole á su